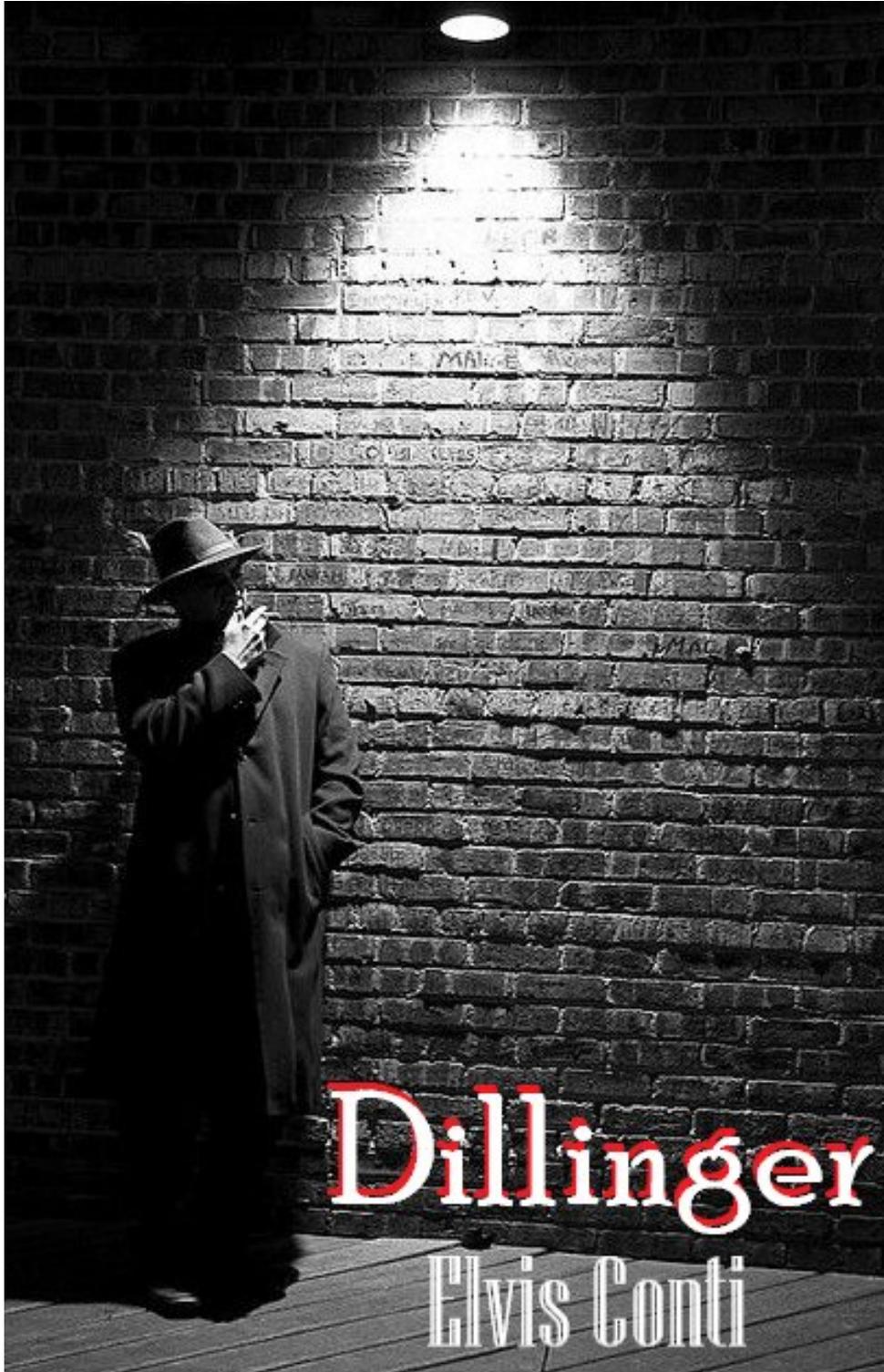


# Dillinger

Elvis Conti



## Capítulo 1

Nunca hubiera podido imaginar, ni siquiera en la más febril de las elucubraciones, lo que ocurriría esa noche.

**-0-**

Reviso lo que he escrito y no termino por quedar satisfecho: *“De medianoche hacia la madrugada, cuando el silencio se arrulla con grillos que abruman, aire que silba y madera que truena; las horas corren lentas, los segundos se hacen minutos y la respiración pequeña”*. Mmmmh, demasiado etéreo, supongo.

Aunque somnoliento, hago esfuerzos para no dejarme vencer por el sueño. Enfrente de mí, el monitor de mi computadora parpadea. Está en blanco otra vez... he borrado a los grillos y todo lo demás. Así he estado durante dos horas y media, desde que me le senté enfrente a la medianoche. Sin propósito alguno, comienzo a pulsar la Cu mayúscula. Terminó una fila de Cus y me sigo. Un minuto después la Cu domina toda la pantalla. Sonríe. Es puro humor negro. Nada me aterriza más a esa hora que la ausencia de ideas.

Durante ese lapso he convocado infructuosamente a las ideas veleidosas, con la esperanza del escritor frustrado que soy. Aguardando a que, aquellas luces voluntariosas se dejen atrapar.

Estoy a punto de aventar todo e irme a la cama. Mañana igual sufriré para levantarme y llevar a las niñas a la escuela. Martha me retará con esa mirada: *«¿Por qué no te sales mentecato a buscar un trabajo, aunque sea de cargador en el mercado?»*. Ella solo lo piensa, no lo suelta. Pero es igual, me doy cuenta, y peor, sabe que lo sé. Me preguntará con su voz cansina qué hice durante la noche, y yo le inventaré mil peripecias absurdas de alguno de mis personajes, y ella torcerá los ojos hacia el cielo pensando *«No hizo nada otra vez»*. Mientras, le serviré café, solícito, pretendiendo sentirme útil, y deseando que ya se vaya a trabajar en cuanto antes para poder dormirme otro rato...

De pronto, cabeceo violentamente.

Abro los ojos. No sé cuánto tiempo ha transcurrido. Fijo mi vista en la pantalla. Las Cus que dejé perfectamente formadas, ahora están brincando. Danzan, como si realmente pisaran el suelo. Han formado círculos concéntricos, y giran rítmicamente, un círculo hacia la izquierda y el siguiente a la derecha, y así. Es tan fascinante el movimiento, que me atrapa, me hipnotiza. Con el cursor trato de sombrear alguna. Estas parecen asustarse ante la proximidad del puntero, la persecución inicia y en la pantalla se asemeja un cardumen de Cus huyendo de la pequeña

flecha que los atosiga. Me río.

Inadvertidamente, suelto el mouse. Levanto la mirada hacia el techo y aguzo los oídos. Supongo que ahora mi mente juega conmigo. De menos a más, pretendo oír voces... voces que retornan, frescas y noveles. Tengo la impresión que son mis voces, las de mis yos que se encuentran, y en airado y franco debate, discuten sobre mi pasado, presente y futuro. Mientras, llevan sus polémicas en correrías que parecen interminables, discurriendo sobre escaleras sin fin, que confunden el arriba y el abajo, el antes y el después, y en el que un reloj se escurre por las paredes en un *tic tac* daliniano. ¿Fue el olvido un espejismo? Pues todo parece haberse quedado, guardado y doblado en minúsculos cajones de la memoria, esperando el momento justo para salir y gastarse un poco.

Nuevamente, detengo la caída libre de mi cabeza. Estoy muy lejos de completar la meta que me impuse cuando me lancé a escribir una novela, es decir, la de acabar dos cuartillas por noche. Me levanto, voy al baño y me echo agua fría en la cara. Levanto la mirada y me observo. Las canas siguen conquistando terreno sobre mis sienes. Redescubro ese rostro que siempre hace que la gente se refiera a mí, como «*una buena persona*».  
- *Es tan gentil*- Suelen decir, y yo no sé por qué eso no me satisface. Enarco las cejas y aprieto los dientes, buscando mi cara de malo, pero no la encuentro.

Regreso al sillón, las Cus ahora están en calma, tal y como las dejé la primera vez. Para variar, atisbo por la ventana la calle poco iluminada que me obsequia con muchas lunas de octubre anidadas pálidamente sobre baldosas encharcadas. De allá afuera se cuele por algún resquicio horadado por los años, un vientecillo fresco que choca con mi respiración caliente. Paso la mano por el vaho en el vidrio, solo para comprobar que todo sigue igual allá afuera. Un gato cruza subrepticamente pegado a la pared de enfrente, cruzando la calle. Y dudo ¿Era un gato? Me inclino hacia la derecha para ampliar mi ángulo de visión, ya no veo al gato. En su lugar, me pareció ver algo en la esquina, junto a un bote de basura, no era el gato. Me incorporo. Doy un trago a la taza de un té ya frío. La yerbabuena siempre anima mi nocturnidad. Borro las Cus, y escribo con más determinación que convencimiento: «*Esa noche no podía ser más negra. Un gato sale de su escondite, mientras arriba la luna y las estrellas ausentes...*»

¿Ausentes?... ¡Claro que están ausentes... por eso es negra la noche! Eliminó la última parte. Me tallo los ojos mientras veo mi exigua producción *teclataria*. Pienso que la frase de la negritud de la noche es buena, pero, ¿qué voy a hacer con el estúpido gato? Me aproximo a la ventana como si de eso dependiera encontrar la conexión entre la noche y el gato. Hago por ver la esquina a mi izquierda. Entrecierro mis ojos para afinar mi visión. Una luz de farol, amarilla y débil, ilumina parte de esa esquina. Y ahí donde antes creí ver algo, distingo ahora un pie, es decir,

un zapato. Un zapato que yo supongo que incluye a un pie, y el pie a una persona.

Me retraigo apresuradamente, como si fuera posible la existencia de un acechador, y yo, su objetivo. La sola idea de que un hombre pueda estar ahí, a la vuelta de la esquina, me provoca inquietud. ¿Qué interés puede tener alguien en estar parado justo en esa esquina y a esa hora? No me lo puedo imaginar. Regreso al teclado, con los pulgares rozo repetidamente las puntas de los dedos como si fuera una retahíla de oraciones lo que me propongo asentar. Pero nada más alcanzo a escribir: «*Nadie se imaginaba que él estaba ahí, aguardando...*» No está mal, pensé. Pero luego me pregunto, ¿A quién engaño, a quién pretendo hacer creer que aquí hay una historia? Tomo un poco de té frío. Me recargo en mi sillón. Duro tan solo unos segundos en esa posición de descanso. Me incorporo rápidamente. He caído en cuenta que mi hija Susana me pidió para su tarea de Geografía, un mapa orográfico de las Baleares. Acudo a *Google*, encuentro el mapa más lindo y lo imprimo. Y mientras la impresora escupe esa hoja, oigo claramente un ruido que proviene de afuera. Un ruido metálico, una lámina o una tapa de un bote de basura...

Súbitamente, sin razón, me alarmo. Apago la luz de la lámpara y me lanzo a la ventana. Al parecer llovizna de nuevo. Enfoco la visión hacia la esquina, pero ahora parece que no está lo que antes supuse que era un pie ¡Qué raro! Echo una ojeada hacia el cielo, y ahora las pocas estrellas y la luna han sido realmente devoradas por las nubes. Recorro nuevamente la visión panorámica que me ofrece la ventana. Todo parece que se encuentra en calma.

Me levanto y me dirijo al cuarto de Susanita y Lara. Con mi celular me guio en la obscuridad y evito tropezar. Dejo la hoja con la impresión de las Baleares sobre el escritorio, para que Susana la vea temprano y la guarde en su mochila. Me doy la vuelta para salir de ahí, pero me detengo. Creí haber visto los prismáticos de juguete que Lara se empeñó en pedirle a los Reyes hace unos años. Sí. ¡Que casualidad! Los encuentro sobre la mesa, los tomo y me regreso a mi estudio, que me recibe a oscuras. Camino nuevamente auxiliado por la luz de mi celular, para sentarme donde mismo. Pero en esta ocasión, provisto de unos binoculares... de juguete... color rosa con pequeñas flores blancas. Acto seguido, con total acuciosidad recorro nuevamente la esquina con el juguete de mi hija, mientras pienso en lo ridículo que debo lucir. Observo con detenimiento el bote de basura. Efectivamente, no hay nada. Seguramente me confundí. Esos miralejos, no obstante que son de juguete, mejoraron sustancialmente mi visión.

Ataco de nuevo al teclado: «*Pero el hombre de la esquina es escurridizo, ha desaparecido en un pestañeo...*» ¿Pestañeo? No. Qué tal: «*Se ha escurrido por las sombras...*» Mejor... Mmmh... a este paso nunca

voy a terminar. Doy el último trago de yerbabuena. Me reclino con las manos entrelazadas sobre mi nuca. Levanto los pies y los subo al escritorio. Ahora pienso que he logrado que el sueño desaparezca del todo. Me siento con todos mis sentidos latentes. En la noche las tengo todas conmigo. Es cierto, la imaginación se fugó por algún caño de mi cabeza. Pero aun así me siento poderoso. La noche, ya entrada, siempre me hace sentir superior. Superior a mí mismo, durante el día, claro... ¡Foco!... ¡Foco Luciano!... Me decía mi maestra de quinto de primaria. Me recordaba esa proclividad propia para brincar de un tema al otro sin ninguna reflexión de por medio. Ella nunca lo sabría, pero yo la he recordado casi todos los días desde entonces, cuando escribo y yo mismo me exijo concentrarme en las cosas que hago.

Regreso a la ventana. Con los prismáticos rosas barro de nuevo la esquina. Todo parece calmo. Ha dejado de llover y el cielo se ha descubierto un poco. El bote de basura metálico sigue igual. Examino el resto, y ahí, un metro más arriba, una sorpresa mayúscula. Veo una mano que reposa sobre el filo del edificio de la esquina. Me hago hacia atrás violentamente, tanto que me caigo provocando un gran ruido. Me quedo congelado sobre la alfombra. No he despertado a nadie afortunadamente. Regreso a la ventana, reptando, tan temerosamente que me doy pena. Concluyo que no me pueden ver desde afuera porque la luz está apagada. Tomo los prismáticos y busco la mano... Ahí está... y más aún, ahora se alcanza a ver la parte del torso de un hombre, un hombre grande que porta lentes oscuros, gabán y sombrero; desde mi ventana simula a un tipo salido de alguna película de gánsteres. No logro distinguir el rostro. Pero ahora tengo la certeza que me mira a mí.

Empiezo a sentir un miedo profundo. Pero, también coraje. Ese hombre amenaza no sólo a mi persona, sino a mi familia. Busco en mi cabeza quién puede ser y querer este hombre. Yo no tengo enemigos. Soy un buen vecino. Soy buena persona, casi tanto como mi rostro lo anuncia. Tampoco encuentro algún antecedente o un caso similar en nuestro barrio. Pienso en marcarle a la policía. Pero me detengo. Me van a preguntar si me agredió o si intentó entrar a mi casa, y la verdad no ha hecho nada... salvo perturbarme.

Nuevamente lo miro. Ahora fuma. Se deja el cigarro en la boca, el humo y la luz mortecina le da un carácter casi espectral. Estoy más seguro todavía que es a mí a quien mira. Decido sostenerle la mirada, no importa lo absurdo que eso suene. Unos segundos después, se me heló la sangre, el sujeto ha esbozado una sonrisa que, a la distancia, a esa hora, con esa luz y con mi imaginación echada a volar; me resulta torcida, burlona, perversa. Sin reflexionarlo un poco, abro la ventana y saco la cabeza. Me pega el aire frío y húmedo. Escudriño cuidadosamente la esquina, pero está desierta. Permanezco alerta unos minutos y no pasa nada. Creo que lo ahuyenté. Cierro la ventana. Y empiezo a teclear: *«Ese tipo, el amedrentador, no era más que un cobarde. Un pusilánime, un tipo*

*de la peor estofa. Un botarate, delincuente y empedernido consumidor de toda clase de sustancias...»* Eso me suena a un montón de lugares comunes. Quizá tenga que pulir más los textos. La mediocridad está siempre al alba, esperando que el poco esfuerzo me aleje de mis propósitos.

Me detengo, son las 3:50 A.M. Ha sido una noche muy pobre. Las estúpidas musas decidieron no salir esa noche y me dejaron colgado con escasas líneas y de poco valor. Líneas que seguramente cambiaré la próxima noche. Levanto la taza del té de yerbabuena, solo para comprobar que ni los asientos han sobrevivido. Pienso en hacerme otra taza, pero resuelvo que, ante una noche tan improductiva, lo mejor es tratar de mover a la despatarrada de Martha, y hacerme un lugarcito en la cama. Solo para que a las 6 de la mañana inicie otro día difícil para un contador desempleado, pretendiente de escritor y casado con una mujer poco paciente. Apago mi PC. Me estiro en la mesa y suelto un bostezo casi eterno. Todo indica que otra vez me dormiré vestido. La flojera que ahora acuso, me impedirá definitivamente ponerme mi pijama. Martha me reclamará a primera hora que me acueste así, y yo la ignoraré olímpicamente. En fin, nada que no haya pasado antes.

Antes de proceder a desconectarme, decido acercarme a la ventana y lanzar una última oteada.

Quedo impactado. El sujeto que entendí repelido, ha regresado. Aunque no es en la esquina donde está. Se encuentra recargado en la pared justo enfrente de mi casa, viendo inobjetablemente en mi dirección. La sangre sube a mi cabeza, y en ese momento un ímpetu desconocido se apodera de mi voluntad. Si bien, no se trata de una reacción locuaz del todo, es más bien la fuerza al servicio de la inteligencia. Sin pensarlo, bajo las escaleras, tomo las llaves de la casa, abro la puerta principal y la cierro detrás de mí. Todo con suma calma. Me doy la media vuelta, no me apresuro, lo miró y sin dejar de hacerlo camino hacia él. Estoy a solo cuatro metros. El tipo es todo lo que supuse, una hipérbole de las viejas series de detectives en blanco y negro. Parece mirarme fijamente, mientras tanto doy un paso más hacia adelante. Una parte de mi está sorprendida, nunca me he caracterizado por ser, ni temerario, ni tampoco arrojado.

– *¿Le puedo ayudar en algo?* – Pregunto con gran naturalidad, tal pareciera que fueran las 3 de la tarde en una calle cualquiera.

– *No sé Luciano ¿Puedes?* – Su respuesta me sorprende más todavía que su voz gruesa y profunda. Reviviendo el temor que me causó desde un principio.

– *¿Cómo sabe mi nombre?* – Pregunto tratando de mantenerme cool.

En mi papel.

– *Lo he sabido siempre... Lucky* – Sus cejas aparecen detrás de sus lentes cuando enfatiza el “Lucky”.

Me quedo estupefacto. Nadie conoce ese apodo. Unos años más y probablemente ni yo mismo lo hubiera recordado.

– *¿Quién eres? ¿Qué quieres?* – Insisto.

El hombre permanece imperturbable. Sonríe y a un lado del cigarrillo que mastica, aparece un diente de oro que, dada la poca luz, brilla débilmente. Lo miro de arriba abajo. Empezando por sus zapatos bicolores, *spectators*; su traje gris *Oxford* de grandes hombreras y solapas anchas. Su sombrero a los “Intocables” y sus lentes oscuros de carey tipo aviador. Y en uno de los hombros una correa de donde cuelga una gran metralleta. No me alarmo. Por alguna extraña razón, ahora tengo la certeza que no me hará daño.

Toda esta escena, entre surrealista y *film noir*, me trasladó irremediamente a mi infancia. Me recuerdo perfectamente, tumbado a los pies de mi Papá, mientras él veía televisión. Una *Admiral* de 40 pulgadas, blanco y negro. En la pantalla de esquinas redondeadas, se transmite alguna película de gánsteres y policías. Hay una escena que salta a mi memoria, una persecución por las calles de Chicago. Un *Studebaker*, lleno de matarifes con metralletas, es seguido por la policía muy de cerca y a muy alta velocidad por un par de *Buicks sedan*. En ese entonces, niño al fin, mi inclinación era por el bando de los perseguidos. Sabía que los buenos eran los policías, pero también me seducía todo lo que envolvía al universo de los chicos malos. Yo, persistentemente, me hacía llamar Lucky Luciano, aprovechando mi nombre de pila y jugaba incesantemente a los policías y ladrones con algún vecino...

– *Sólo un viejo amigo...* – Dice el sujeto como un escupitajo, mientras me saca intempestivamente de mis recuerdos.

– *No sé de qué me habla... Y a esta hora no me importa... Solo bajé para decirle que tiene que irse, o bien, tendrá que hablarle a la policía...*– No pude terminar, cuando me interrumpió.

– *Escucha, y escucha bien amigo. Estoy detrás de ti, no lo olvides, hasta que pagues tu deuda*– Me lanzó esa frase tan... cinematográfica, que hice esfuerzos por no reírme, pues pensé que hubiera sido descortés.

– *Y creo que sabes perfectamente quién soy*– Me echa bravata con su ceño fruncido, inclinando la cara, sobresaliendo un poco los ojos por encima de sus lentes oscuros y empujando ligeramente hacia atrás su

sombrero de fieltro negro.

¡Este tipo es increíble! No solo me ha sacado de la casa a las 4 de la mañana, sino que me ha extraído recuerdos alojados al fondo de mis reminiscencias más recónditas. Suspiro un poco fastidiado. Me doy la vuelta y me dirijo a mi casa.

– *Mi nombre es Dillinger*– Dijo seco, a mis espaldas.

Paro a media calle... ¿*Dillinger*? No veo mi cara, pero estoy seguro que refleja lo perplejo que he quedado.

Tenía un amigo... con el que jugaba de niño... su mote de juego era... *Dillinger*... Empiezo a sentir un cosquilleo en mi ánimo. Giro y ya no veo al gánster, en su lugar se encuentra un niño pequeño, no más de seis años, muy parecido a mí a esa edad, pecas y copete sobre la frente, con ropas de aquella época, tenis *Converse* rojos de bota, pantalones de mezclilla y una camiseta de rayas horizontales verde y azules. Me quedo totalmente ofuscado, no sé qué cosa está ocurriendo. Está claro que no siento miedo en lo absoluto, pero también que estoy pisando terrenos muchísimo muy profundos, tanto que no atino saber que debo hacer o decir.

– *Te he extrañado Lucky* – Me dice con voz infantil. Yo, cerca de él, ya estoy de rodillas. En ese momento busco explicaciones. ¿Estoy alucinando? Debe de ser. Entretanto, como si estuvieran detenidos apenas por una débil cuerda, y esta se rompiera de repente, una cascada de recuerdos cae incontenible...

– ¿*Tony*? – Pregunto trémulo. Su cara es feliz porque lo he recordado, me sonrío abiertamente. Yo no puedo dejar de sentir un calorcito en el pecho.

Él asiente. Su sonrisa no puede ser más grande.

Alguna parte aun lúcida de mí, me recuerda que Tony era mi amigo imaginario. Que no se trata de alguna persona real. Empero, a mi ánimo lo ha rebasado la circunstancia, de manera que ese detalle pasa a ser secundario. ¡Es Tony! Grito por dentro. Muy dentro.

– Si. Lo soy – Recordándome con esa respuesta, que nuestros pensamientos estaban unidos cuando allá en mi ciudad natal, en mi más temprana infancia, jugábamos horas y horas. Y como trashumantes, visitábamos cada rincón de aquella pequeña ciudad, cada lote baldío, parque, lagos cercanos y todos sus alrededores. Campos de cultivo, ciénagas, arroyos, casas abandonadas, potreros.

Estaba tan absorto en ese despertar a mis recuerdos más tiernos, que no supe en que momento, en este sueño maravilloso, en este embrujo o

encantamiento, quedó mi cuerpo de 55 años, reducido al del pequeño que una vez fui. Me miro las manos, pequeñas, delgadas, sin manchas ni arrugas. Veo hacia abajo y ahí están mis viejos *Converse* azul marino, un poco rotos de tantas carreras a campo traviesa con Tony. Mi camiseta de *Pelé*, mi pantalón de mezclilla con grandes parches en las rodillas con el dibujo de una pelota de fútbol. Levanto mis pies, uno a uno, incrédulo. Luego brinco, manoteo. ¡Ah! La libertad de un cuerpo de niño. Nada duele. Soy otra vez flexible, ligero, ágil.

Tony me observa extasiado. Mueve sus brazos como alas en un evidente espasmo de felicidad infantil. Me contagio, ¿cómo puedo haber olvidado esto? Empiezo a girar sobre mi eje con los brazos extendidos, ambos lo hacemos. Las risotadas y los gritos no se hacen esperar. Y Tony, como en antaño, empezó a correr sin avisar, no sin antes burlarse con su sonrisa mientras huye de ahí. Y corro atrás de él. Mis rodillas viejas y gastadas no están, en su lugar tengo las patas del cervatillo correlón que siempre fui. Pronto alcanzo a Tony, y así, en medio de la calle corremos y brincamos, dando vuelta a las esquinas arbitrariamente, sin rumbo definido, solo por correr, por sentir el aire contra la cara, mientras damos zancadas enormes, saltamos arbustos, libramos obstáculos y gritamos con un júbilo que creí ya enterrado.

Kilómetros adelante, al mismo tiempo, caemos los dos desfallecidos en un parque, sobre un poco de pasto y un mucho de lodo. El suficiente para recordar una de nuestras famosas batallas de bolas de lodo. Jadeamos y reímos, o reímos y jadeamos. Como sea. Ha sido fantástico. Me sorprende que puede sentarme y abrazar tan estrechamente mis piernas, algo que no hacía en muchos años, los mismos que cargo un abdomen de "señor". Eso me hace reír hasta llegar a la carcajada desenfrenada, seguido por Tony con quien comparto mis pensamientos, al grado que no logro distinguir cuando me habla de viva voz, o bien, lo hace por el pensamiento.

Luego de un rato, llega un silencio prolongado. No uno incómodo. No uno ausente de ideas por compartir. Ambos disfrutamos de ese instante de cercanía, observamos desde ese punto la parte baja de la gran ciudad, las luces y su tenue parpadeo. Su silencio imperante nos proporciona una gran paz. Una tranquilidad indescriptible, algo ajeno completamente a mis últimos 50 años. Ese sosiego no solo es una sensación. Siento que ha sido un bálsamo para el corazón, obsequiándome una suerte de visión multidimensional que permite, acaso por minutos, quizá en un santiamén, reconciliar esa época pasada maravillosa con mi vida actual, a mis 55 años presentes.

Siempre me he dicho bendecido por la vida, pero esta noche lo he sentido, lo he constatado, me he convencido. No me doy cuenta, pero lloro. En un principio solo son algunas lágrimas que corren lánguidamente sobre mis mejillas ahora llenas de pecas y, enseguida, sin aviso, mi llanto

se vuelve intenso. Es un llanto, sin embargo, sanador, muy feliz.

– *¿Te digo algo Luciano?* – Tony me observa con grandes lagrimones en sus ojos.

Yo asiento.

– *Siempre he estado contigo. Tú puedes creer que desaparecí una vez y desapareceré otra vez. Pero continuo siempre contigo. Te he venido a recordar de dónde vienes y quién eres. Sé que no olvidas que soy un amigo imaginario, que estuve ahí para acompañarte. ¿Recuerdas que no tuviste amigos hasta que llegaste a tercero de primaria? ¿Qué eras muy tímido? Pero ¿Sabes? Fui y soy más que un amigo imaginario Luciano. Soy tus recuerdos más primitivos. Tus primeros juegos, tus días de escuela, cada una de tus tareas, tus recreos; cada pedazo de pastel y cada caramelo; las veces que Mamá te ponía un termómetro en la boca o un curita en la rodilla, los miedos, las noches de terror y el abrazo protector de Papá; los castigos, las nalgadas, el lodo y la tierra en tu ropa, las ramas de los árboles que subiste. Los carritos que chocaste, los aviones que volaste. Soy Dillinger... pero también fui un indio apache, un bombero, el astronauta. Soy cada lágrima inocente que dejaste caer, soy la base de tu corazón bueno, soy la cajita en que se guardan las virtudes de tu alma. Soy tu infancia Lucky...*– Y se detuvo unos segundos.

– *Sé Luciano que los años a veces pesan demasiado. Que la vida se ha hecho más compleja, que hay veces en donde  $2 + 2$  te dan efectivamente 4, pero que muchas veces te da otro número cualquiera. Que las relaciones se pueden hacer realmente difíciles, que a veces dudas que el resto de las personas hablen tú mismo idioma, que pareces no encajar en el mundo que te rodea, que hay veces que la dote de paciencia se agota, y la buena voluntad se pierde. Sé que puedes empezar a dudar hasta de tus mismas cimientos, que de pronto todo aquello que era sólido como piedra, tus convicciones, ideales y premisas; tus metas e ilusiones, les han aparecido grietas que luego se han convertido en fisuras. Claro que me doy cuenta que de pronto todo es tan vulnerable, como un castillo de naipes...*– Hizo una pausa más.

– *Te he venido a decir esta noche, querido Luciano, que te sostengas. Que tienes la fuerza para hacerle frente a los retos, a los presentes y a los futuros; que posees un corazón suficiente para doblarte y caber en cualquier solución que sea necesaria. Que contra todo lo que puedes pensar, en tu espalda puedes cargar diez veces más de lo que ahora cargas. Que tengas confianza en tus virtudes, en tus talentos, tus habilidades. Que tu imaginación y creatividad son muy grandes. Solo ten paciencia*– Luego de su pequeño discurso, me abrazó afectuoso, cercano, íntimo.

El llanto que había amainado, creció nuevamente, más y más...

No sé bien cuánto tiempo más permanecimos ahí. No me enteré a qué horas y en qué forma se despidió Tony, ni sus últimas palabras. Voy más lejos, ni siquiera tengo la certeza de que haya sido un sueño, o bien, una experiencia real. Desperté en la mañana, fresco como una lechuga, oyendo el reclamo de Martha. Estaba tan contento, que la jalé de la cintura y la abracé tanto que empezó a primero a gritar y luego a reír. Tan fuerte era su risa que las niñas tardaron muy poco en unirse a esa algarabía en nuestra cama, novedosa y refrescante para la familia.

Finalmente, Martha se levantó, no sin antes hacerme un último reclamo.

– Luciano, lo que sea te lo perdono. Pero no quiero que, otra vez, te acuestes con la ropa sucia. ¿Me oíste? – Su mirada intentaba ser muy seria.

Bajé la mirada, y ahí, tirada en el piso, estaba mi ropa... llena de lodo.

Yo, por lo pronto, seguí sonriendo.